



LA CUEVA DE ANDREUET.

En el número cuarenta y cuatro del Semanario, correspondiente al 4 de Noviembre de 1849, indicamos que en la grande extensión que ocupa el monte Mongó (1) y las cordilleras próximas que dan vista al Mediterráneo, existían multitud de cuevas de preciosas estalactitas, en las cuales se admiraban los prodigiosos caprichos de la naturaleza, haciendo que el viajero que penetraba en aquellas reconcentrase al instante su espíritu y que se agolpasen á su imaginación mil y mil ideas y consideraciones inexplicables; y al hablar así, nos referíamos entre otras, á la titulada de Andreuet, que es acaso la mas bonita, de mejor descenso, y de la cual vamos á dar algunas noticias á nuestros lectores.

Se descubrió hace unos veinte años al sacar un huron que se habia introducido por un pequeño agujero persiguiendo á un conejo.

El amo del primero, sin prestar el menor mérito, ni la mas pequeña atención al espectáculo grandioso y sublime que la obra de muchos siglos debió ofrecerle á la vista, guardó sigilo, se apresuró á comprar el terreno inmediato, y destinó la nueva cueva, por su proximidad á la costa y excelentes ventajas, para depósito de contrabando; siendo por lo tanto ignorada de todos, por bastantes meses, menos de dos ó tres contrabandistas, incluso su dueño llamado Andreuet, de quien tomó el nombre y con el cual se la conoce y designa en el país.

Procesado y preso el Andreuet, por atribuirle un asesinato horrible que tenía relacion íntima con los carachines de tabaco que se custodiaban entonces en la cueva, hemos oído que sus compañeros de fraude, para evitar mayores y sucesivos compromisos, pegaron fuego una noche á dicho tabaco á la entrada de aquella, y que atraídos los pastores y otros sujetos por el grande humo y las llamas que se distinguían á lo lejos, se hizo pública la existencia de la repetida cueva, desde cuyo entonces no ha cesado, ni un día de mutilársela y destruirla por las infinitas personas que la visitan, quienes por puro capricho y por una curiosidad mal enten-

dida, ó acaso algunas, sin mas objeto que la triste y poco envidiable complacencia de destruirlo todo, no han dejado de llevarse las cristalizaciones de variados colores y formas que, á fuerza de repetidos golpes, han podido desprender de la bóveda y paredes.

Sin embargo de tan sensibles y continuos destrozos, aun quedan que admirar en la cueva de Andreuet innumerables estalactitas que solas ó agrupadas imitan la filigrana y el estilo ojival en toda su perfeccion y gusto.

La cueva que describimos, cuyo final ó remate representa con exactitud suma el grabado que va á la cabeza de este artículo, está situada en término de la ciudad de Denia, tiene unos doscientos pasos de largo, diez ó doce de ancho, otros tantos de elevación y su piso y entrada no son incómodos.

REMIGIO SALOMON.

## ANTIGUEDADES.

Creemos curiosa la siguiente relacion que tomamos de un manuscrito antiguo:

En el término de la villa de Alcalá de los Gazules, á legua y media de distancia de ella, como á dos mil pasos al Oriente del puerto llamado Vizcaino, un labrador advirtió hace algunos años en la hacienda que á la sazón labraba, unos signos en una piedra, que cercada de un palmarcito, yacía casi enterrada.

No comprendiendo éste el significado de los signos, comunicó la especie á un yerno suyo, menos ignorante que él; pero sucediendo lo mismo con éste, acompañado de la gente del cortijo mas inmediato, propio de D. Francisco Landino, de dicha villa, desenterraron la losa ó piedra para conducirla á él, y la destinaron á usos domésticos.

Hallándose en el mismo cortijo el P. Fr. José de Ayala, advirtió

29 DE DICIEMBRE DE 1850.

(1) Monte notable del reino de Valencia, frente á la isla de Ibiza, cuya descripción puede verse en el núm. 48 del SEMANARIO del año 1848.



en la piedra la inscripción que contenía, y leida dió parte al señor vicario de la villa.

Hallándome yo á la sazón en comisión de orden superior en la misma, recibí el 27 del propio mes un oficio del señor corregidor para que pasase á reconocer la piedra é inscripción. Evacuada la comisión, di mi informe declarando ser la piedra un pedestal que indicaba antigüedad y digno de todo aprecio.

Mientras acordaban en la villa lo que se debía hacer, movido de curiosidad, pasé al sitio de donde se estrajo el pedestal, y empezando con varios peones, á mis propias expensas, la escavacion por la línea de puntos A que manifiesta el adjunto plan, que atendidas las circunstancias locales, me pareció el mas oportuno para la investigación, di con la pared en el mismo A, que distaria de la superficie como media vara. Con ánimo de abrazar toda la obra seguí el rumbo señalado por las letras A hasta G desde la cual volviendo al punto del principio encontré la alveola ó sepulcro núm. 4, la que dejando para reconocer continué hasta la letra Y. Aquí fué donde dispuse escavar desde la superficie de la pared, y como á media vara hallé una solería que cubría todo JJJJ. Desbaratada la solería seguí la escavacion y como á otra media vara se encontraron las losas señaladas por los números 1, 2, 3.

Para poder dar parte á la villa con algun fundamento, determiné levantar la losa núm. 1, que estaba entera; pero apenas estendimos la vista para mirar lo que contenía dentro, cuando movido de un impulso que no sabré como explicar, prorrumpi en las voces de los santos de Cádiz y sobreecogidos todos los circunstantes de un terror santo, no fuimos dueños de otra cosa que para volverla á cerrar.

Reanimados de la especie de enagenacion ó susto que nos infundió la primera vista, y movido de las súplicas de todos, para satisfacer nuevamente se levantó segunda vez la losa, en cuyo acto se distinguieron mejor que en el primero, dos esqueletos de cuerpos humanos. No fué posible continuar el trabajo aquel día.

En estas circunstancias, suspendiendo todo trabajo, envié á D. José Antonio Inchausti (que casualmente se halló presente) á la villa para dar parte verbalmente al vicario y corregidor de lo ocurrido, á fin de que dispusiesen lo conveniente para proceder con la circunspeccion y formalidad que requeria el asunto, al reconocimiento de los sepulcros, y al mismo tiempo al citado padre Ayala á Cádiz para que como testigo ocular informase igualmente al gobernador y cabildo eclesiástico, en consideracion á ser cabeza del obispado, juzgar que las reliquias vistas eran de sus patronos y que podrían enviar sugetos mas idóneos que Alcalá para el examen y reconocimiento.

Aquel mismo día vinieron de Alcalá los cabildos eclesiástico y secular al sitio de la escavacion, acompañados de multitud de personas del pueblo y de los inmediatos, y en presencia de todos se

levantó por tercera vez la losa núm. 1, cuyo acto causó el mismo gozo que el referido antes á todos los presentes: pero antes de proceder á reconocimiento alguno espuse que seria conveniente suspender todo acto hasta la concurrencia de anatómicos y otros sugetos que pudiesen dar luz y autoridad en semejantes casos. Así se hizo, y dejando para custodiar el sitio varios sugetos, tanto eclesiásticos como seculares, se retiraron ambos cabildos.

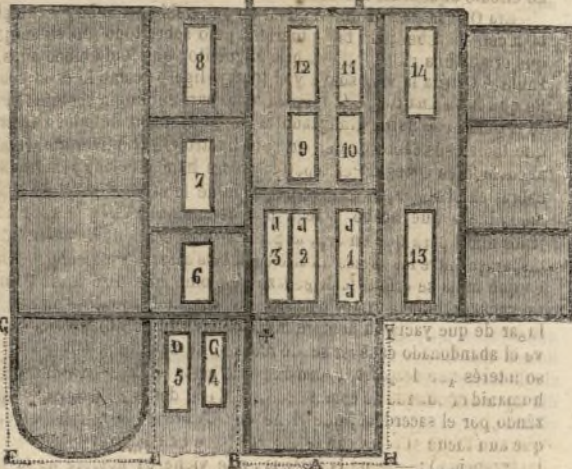
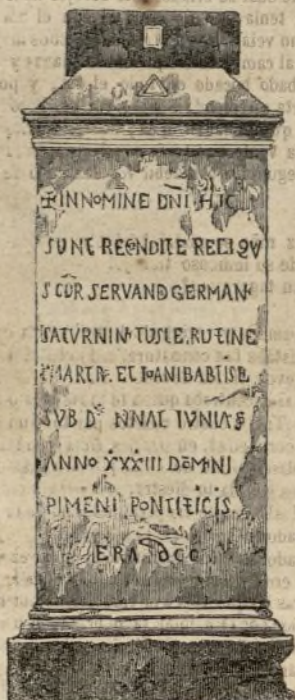
Los dias 3, 4, 5 de noviembre se emplearon en nuevas escavaciones, en formar en el mismo sitio una chocita donde guarecerse.

El 6 concurrieron el estado eclesiástico, corregidor, alcalde, capitulares, dos escribanos y un anatómico, con mucho acompañamiento del pueblo y de los circunvecinos, conduciendo cajas decentes para colocar y trasladar las reliquias de las tres alveolas ó sepulcros de cuadro JJJJ. Mandó el corregidor su apertura y sabiendo yo por el P. Ayala que á la sazón habia vuelto de Cádiz, que su cabildo eclesiástico habia dispuesto dar la comision de este reconocimiento al vicario de la ciudad de Medina, hice presente estas noticias al corregidor, pero no produciendo efecto mis operaciones, se levantó la losa núm. 1, y un sacerdote estrajo la osamenta de los dos esqueletos, entregándolos al anatómico para su reconocimiento, y manifestándolos á los escribanos para la certificación. Se notó en una de las calaveras que tenía 2 heridas, la una en el cráneo que formaba un ángulo obtuso y la otra sobre una de las cejas de una línea, sin que se advirtiese otra señal ó herida en los dos esqueletos; cada una de las calaveras tenía á su lado una redoma de barro que no se pudo distinguir si contendrian alguna cosa, y entre la osamenta varios pedazos de hierro llenos de moño que no comendé que instrumentos podrian ser.

En el cuerpo de la obra se encontró un instrumento de hierro que como un cuchillo ó machete ovalado de dos mangos con otros distintos pedazos de instrumentos cortantes, que no puedo declarar de que uso serian.

En seguida se abrieron las alveolas núms. 2 y 3, y guardando en la estraccion de los huesos el mismo orden y circunspeccion que en la primera se sacaron del núm. 2 dos esqueletos, cuyas calaveras se hallaban al frente una de otra, en las dos cabeceras del sepulcro manifestando por lo diminuto del tamaño ser de personas de tierna edad. De la 3.<sup>a</sup> se estrajo un esqueleto de muña magnitud. Se encontraron igualmente redomas de barro en las dos, y en la última una de vidrio, en cuyo fondo se advirtió una masilla carminada que indicaba ser sangre. No se notó en estos esqueletos señal alguna de herida ó martirio, pero podría ser que el hallarse estas arcas menos resguardadas que la 1.<sup>a</sup>, pues sus tapas estaban en varias piezas, de cuyas junturas alojadas por el transcurso del tiempo habia penetrado mucha tierra, fuese la causa de ello.

El 7 á presencia de los cabildos se levantaron las losas de algu-









Algunas veces su madre quería retenerlo, porque su corazón se partía de ver ir á ese angelito, solo, desabrigado, en días fríos y lluviosos con su espertita y sus brazos cruzados, para abrigarse bajo de ellos sus manos entumecidas é hinchadas; ¡los días se habían hecho tan cortos! ¡las noches venían tan de prisa, y tan frías! pero nada detenía al pobre niño, y la infeliz madre decía llorando: *¡si no va, ni él comerá ni la niña!* y lo veía ir, con tan desgarradora pena, que vertía su corazón sangre por todos sus poros, hasta que lo veía entrar con un cuarteron de pan y unas pocas tagarninas.

Una fría tarde de Diciembre tocó solemne la oración, y el niño no había venido; y tocaron lúgubres las ánimas, y el niño no había vuelto; y la madre estaba baldada y no podía salir á buscar al hijo de su alma, al ángel que las mantenía á ella y á su niña; y pasaron una á una cual callados espectros en negras mortajas las horas tremendas de la noche, y la madre no se murió de congoja y de angustia, porque la angustia no mata, porque la angustia es una tremenda agonía sin el descanso de la muerte; como el castigo de los condenados: y á la mañana siguiente el sobejanero de un cortijo, que pasaba por una

senda apartada, vió sentado al pie de un árbol á un niño; tenía los brazos cruzados, la cabecita caída sobre el pecho; á su lado estaba una espuerta con tagarninas. Se acercó, ¡el niño estaba muerto! ¡muerto de frío, de necesidad, de cansancio, y de miedo! Lo que he contado no es ficción es realidad.

¡Dios y señor! hombres hay, tus hijos, padre, que en su mezquina soberbia se atreven á sostener que las compensaciones en la otra vida, esto es, el premio y el castigo, son invenciones de los hombres, ¿puede concebirse tan espantoso absurdo? ¿puede creerse y no desesperarse? ¡señor! ¡señor! consérvanos la fé á los religiosos, aunque no sea mas que para impedir que no se parta de lástima unas veces, y no se ahogue de indignación otras nuestro corazón. Déjanos confiar en aquella divina promesa: *el que llora será consolado* (1).

FERNAN CABALLERO.

(1) Tercera bienaventuranza de las ocho que promueve el señor en el evangelio de san Mateo, que lee la iglesia el día de Todos Santos; sublime sentencia, divina compensación, santo consuelo, que todo lo explica, pero solo al cristiano.

## EL LOCO DE LA MONTAÑA.

IMITACION DE LAS BALADAS.

I.

TERESA.

Teresa es la inocente tortolilla que no puede vivir sin su adorado; es el ástro nocturno que no brilla sino va del lucero acompañado.

Es la flor que se cierra en la mañana si el sol no vivifica su corola; mariposa fugaz que va liviana á morir en la luz si vive sola.

Ama á Bernardo como á su alma misma, y el día que á sus ojos no aparece, tan grande es la tristeza en que se abisma, que como flor marchita desfallece.

Libre como las aves, su cabaña tiene en la cumbre de la ruda sierra: allí solo su madre la acompaña, y no vé mas allá mundo ni tierra.

Lame un arroyo con liviano arrullo las negruzcas paredes de su huerto: ¡qué armonioso parece su murmullo perdido en la estension de aquel desierto!

A su orilla, que esmaltan lindas flores, conducen los amantes su ganado: ¡cuántos secretos cándidos de amores su corriente purísima ha guardado!

BERNARDO.

Es Bernardo zagal noble y apuesto, que no cede á Teresa en donosura; de alma amorosa, de espresivo gesto, rico de fuerza y rico de ternura.

Tres lustros antes, bullicioso niño, pidió pan á la madre de Teresa. Recogiólo la anciana, y con cariño le dió su lecho y le sentó á su mesa.

Y fueron desde entonces los infantes hermanos, como hermanos se querían... ¡con qué placer sus senos palpitantes al oírse nombrar se estremecían!

Pero crecieron ambos, y ya el hombre estaba mal bajo el virgineo techo de aquella niña que su dulce nombre gravó muy hondo y adoró en su pecho.

Dióle la anciana parte de su tierra: le regaló una choza en la colina, que corona la falda de la sierra, y á do el arroyo su raudal inclina.

Allí encerró sus ricas ilusiones el dichoso zagal: de noche y día cantó á Teresa en su rabel canciones que el coro de las aves repetía.

Una vereda á orillas del torrente ambas viviendas del amor juntaba: ¡cómo sintió la yerva amargamente el pié de los amantes que la hollaba!

¡Oh! si en la noche cuando el ruido cesa sus lenguas el arroyo desatára.... ¡pobre Bernardo! ¡misera Teresa! ¡cómo el rubor sus frentes sonrosará!

II.

AMARGURA Y SOLEDAD.

¡Por qué ahora la doncella alza las manos al cielo, y suspira?  
¡Por qué una lágrima bella desde sus ojos al suelo rauda gira?

¡Por qué corre desolada por la estension de los prados tan queridos, como el ave en la enramada cuando sus pollos amados son cogidos?

Antes sus pueriles penas en el pecho de la anciana desahogando, con sus palabras serenas íbase su alma cristiana consolando.

Ya de su madre á los besos su corazón no palpita dulcemente. Mas queridos embelesos la suerte aírada le quita de repente.

Testigos de sus enojos las flores besan sus plantas y se inclinan, porque en sus párpados rojos advierten que penas tantas la asesinan.

Su corazón desahoga con sus mudas compañeras que bendice, y con voz que el llanto ahoga y se pierde en las riberas así dice:

«¿Por qué, queridos claveles,  
«jazmin de bello ramaje,  
«y amapola,  
«por qué me presta doreles

»y alfombra vuestro follage  
»si estoy sola?

«¿Por qué embalsamais el viento  
»meciendo vuestros capullos  
»en la brisa,  
»si ya no aspiro su aliento,  
»ni siquiera los murmullos  
»de su risa?

«Recoged vuestros olores.  
»no me alhagueis los sentidos  
»como un día.  
«Basta á la que sus amores  
»vé tristemente perdidos  
»tumba fría.

«¿A dónde está mi Bernardo?  
»¿Cuál de vosotras le ha visto?  
»Un mes pasa,  
»y vanamente le aguardo...  
»Y á mis pesares resisto  
»tan sin tasa!..

«¡Maldito rey, que nos lleva  
»nuestros queridos amantes  
»á la muerte!...  
»¡Bien mi corazón lo prueba!..  
»y él me lo anunciaba en antes...  
»¡triste suerte!

«Ayer pregunté á su perro  
»que guardaba la cabaña  
»dolorido:  
»—¿A dónde fué?—Corrió al cerro,  
»y haciendo una cosa extraña  
»dió un ahullido.

«A la orilla del riachuelo  
»condújome un grito ronco  
»como de hombre;  
»¡ay! creció mi desconsuelo,  
»que vi la cifra en un tronco  
»de su nombre.

«Musgo que nos diste alfombra  
»cuando en las tardes de estío  
»nos sentábamos  
»de las hayas á la sombra,  
»ó en el cristal de ese río  
»nos bañábamos:

«Peñascos de esta ribera,  
»arenas innumerables  
»de su lecho,  
»que igualó con voz sincera  
»á las prendas adorables  
»de mi pecho:

«Selva que oíste sus votos,  
»olmos que nos visteis juntos,  
»pajarillos,  
»cordero fiel, dulces chotos,  
»de nuestra niñez trasuntos  
»por sencillos:



«¡Oh! ¡qué lúgubres ahora  
me pareéis sin mi amante!  
«¡Qué terrores  
me dais sin el que me adora!  
«Teneis un velo delante  
de dolores.

«Desgarradoras quimeras  
forjo, no viendo á Bernardo,  
en mi mente...  
«Mis queridas compañeras,  
un mes hace que le aguardo  
vanamente.»

Y con planta presurosa  
huyó de aquellos lugares,  
y escuchaba  
si alguna voz amorosa  
para curar sus pesares  
la llamaba

Mas ¡ay! que llega á su gruta  
sin oír la, toda en llanto  
sumergida,  
mientras Bernardo disfruta  
del mas halagüeño encanto  
de la vida.

Arrancado á su retiro  
por unos fieros sayones,  
y llevado  
á la ciudad, dió un suspiro  
al verse en negras prisiones  
encerrado.

Pero volvió la alegría  
en su pecho á despertarse,  
cuando á poco  
volvió á ver la luz del día  
y en esperanzas gozarse...  
¡pobre loco!

Solo le tiene el profundo  
recuerdo de su Teresa  
afligido;  
mas en el vaiven del mundo  
¿qué alma se mantiene ileso  
del olvido?

¡Era tan vivo el contraste  
que con su campo y su choza  
presentaba,  
tanto y tan precioso engaste,  
tanta y tan bella carroza  
que miraba!...

Aquellas lindas mugeres  
cargadas de pedrerías,  
tan livianas  
que iban brindando placeres  
con pérdidas arterias  
cortesanas:

Aquel huracán hermoso  
de oro y plata reluciente,  
deslumbrante,  
¿en su impetu poderoso,  
no arrastrará á un inocente  
niño amante?

¡Oh! si es tan grato su brillo,  
que hasta al corazón mas seco  
halagara,  
¿cómo al del zagal sencillo  
su oropel pomposo y hueco  
no engañará?

¡Ay! sin saber lo que hacia  
se sumergió en tus hervores,  
torbellino.  
Del hado á merced ponía  
de Teresa y sus amores  
el destino.

Sonaba el clarín guerrero  
y dió la última mirada  
á su tierra.  
¡Ay del infeliz cabrero!

¿volverá á ver á su amada  
de la guerra?

## III.

## AGONIAS DE MADRE.

Como la pared, si siente  
que la yedra se marchita,  
parece que pierde el báculo  
que en antes sostenia,  
la pobre anciana, que triste  
ve á Teresa y abatida,  
con ella parte sus penas  
pues sin ella moriria,  
insomnios, suspiros, lágrimas,  
que su juventud marchitan  
por lo poco que le queda  
de existencia trocario.  
¡Con qué ternura sus ruegos  
intentan sondar la sima  
que en el pecho de la virgen  
abrió su amante desdicha!  
Mas ¡ay! que no curan bálsamos  
del corazón las heridas;  
siendo por amor abiertas  
el solo las cicatriza.  
Años tras años pasaban,  
meses tras meses corrian,  
llorando la halló la aurora,  
la noche en llanto sumida  
junto al lecho de Teresa  
en afanosa vigilia.  
¿Cómo el dolor no la mata  
cuando la cuitada niña  
entre sollozos le dice  
estas palabras tristesimas?

Teresa.

No bastan, madre, consuelos  
á quien llora tal desdicha.

La anciana.

Hija, esperemos en Dios,  
que es la bondad infinita.

Teresa.

¡Ay! ¡esperé tanto tiempo  
que mi razón desconfía!.

La anciana.

El cielo manda á los seres  
bienes á su antojo ó cuitas.

Teresa.

Sobre mi cabeza entonces  
descarga todas sus iras.

La anciana.

¡Habrás tantos infelices  
que mas que tú penen, hija!.

Teresa.

El dolor de los dolores  
es perder amante y vida.

La anciana.

¡Oh! ¡vive para tu madre!

Teresa.

Dadme el poder, madre mia.

La anciana.

Ten esperanza.

Teresa.

¡La vive,  
y ya está desvanecida!

La anciana.

Hija, esperemos en Dios  
que es la bondad infinita.

Teresa.

Dios, madre, escucha á los justos;  
pero en su presencia misma.

Y desgarrador silencio  
á sus palabras seguía  
solamente interrumpido  
por un alma que suspira.  
Alma fiel y enamorada  
que lentamente camina  
al sepulcro, cuyo hielo  
quizá su pasión no estinga.  
¡Triste era de ver aquella  
antorcha de amor purísima  
apagarse entre los rayos  
del foco que la dió vida!  
Dulce gota de rocío  
que sobre la flor destila  
en las frescas alboradas  
murmuradora la brisa.  
Estrella que en Occidente  
húndese tras las colinas  
antes que rompa las nieblas  
la luz del padre del día.  
Y sus ojos se consumen  
y su voz se debilita,  
y su semblante se arruga,  
y se secan sus mejillas.  
No lanzan fuegos de amores  
sus exánimes pupilas...  
¡feliz ella si se belarán  
de su pasión las cenizas!  
¡Ay! pero la mente vuela,  
y la esperanza la aviva,  
y en soñar con esperanzas  
los amantes se estarian.  
Quien pide alas á la mente  
labra su propia desdicha,  
porque destruyen el alma  
las esperanzas perdidas.

## IV.

## DESESPERACION.

¡Oh! ¡quién parar pudiera  
la rueda voladora  
que arrastra en su carrera  
los días hora á hora,  
la vida del mortal!  
¡Y quién gozar sentado  
sobre la inmóvil rueda  
pudiera alborozado  
tanta ventura leda  
que fué soplo fugaz!

Sueño de un alma amante  
que vió nacido y muerto  
su amor en un instante...  
mas infeliz despierto;  
Dejárame soñar:  
«Para llorar desvelos  
de un ángel de hermosura,  
para cantar sus duelos,  
sus ayes de amargura,  
es triste despertar.

¿Por qué-di-tanto tardas,  
Bernardo? ¿de Teresa  
olvidaste? ¿qué aguardas?  
¡no vuelves! ¿te embelesa  
acaso otra mujer?  
¡Ah! no: quien tanto adora  
no olvida fácilmente:  
será de tu demora  
la causa mas potente;  
amor no puede ser.

Si, vuelve al arroyuelo  
guiando tu ganado,  
¡tanto ha que sin consuelo  
Teresa te ha esperado  
en tan feliz lugar,  
llorando en la vereda  
por dó venir solías!.



¡oh! ¡no hay dolor que esceda  
de amantes agonías!...  
¡horrible es su pesar!

¡Y tanto tiempo pasa  
sin acabarte ausencia...!  
y el pecho la traspasa  
tristísima impaciencia,  
presentimiento atroz.

Frenético letargo  
su corazón oprime;  
las quejas de su amargo  
destino, ya reprime  
porque la falta voz.

Sentada junto al tronco  
en que tu nombre brilla,  
lanza un suspiro ronco...  
su mano en la mejilla,  
blanquísimo cendal.  
Enjuga lentamente  
el abrasado llanto  
que en sus mejillas siente;  
¡pero la alivia tanto  
aquel dulce raudal!

Y no la conocieras  
si, en la adelfa escondido  
cual otro tiempo, vieras  
aquel rostro querido:  
¡qué encantadora fué!  
Si, fué: y hoy todavía  
adviértese que lo era,  
como una estatua fría  
hermosa pareciera  
de otra animada al pie.

Destellos postrimeros  
de llama moribunda:  
suspiros lastimeros  
de que nuestra alma inunda  
la muerte presentir.  
Lanzando se adelanta  
a la fugaz corriente:  
su delicada planta  
la tierna flor no siente...  
¿por qué quiere morir?

Tan jóven y tan bella,  
¿por qué aborrece el mundo?  
¿el que cebóse en ella  
dolor fué tan profundo?  
¿y allí llega el dolor?  
¿Ni aquel santo retiro  
respetan sus furores?  
¿escúchase un suspiro  
en la mansión de amores?  
¡y es bien desgarrador!

¿Por qué ese pensamiento  
que fijase en su mente  
la hace ir rasgando el viento  
a orillas del torrente  
que la iba ya a sorber?

¿Templó el hado la saña  
con que tenaz la aflija?  
¿Por qué hacia la cabaña  
lijera se dirija?  
¡Ay! ¿qué es lo que va a ver?

La anciana, que á la muerte  
sus pasos apresura  
está allí casi inerte,  
y santa preza murmura  
ya próxima á espirar.  
En vano su mirada  
con ademán ansioso  
busca de su hija amada  
el rostro candoroso:  
huyó de aquel lugar.

¿Y sola dará el alma  
al Dios que la redime?  
Al recibir la palma  
de su virtud sublime,  
¿no ha de encontrarla allí?  
¿Quién cerrará sus ojos  
en el supremo instante?  
sus misereros despojos,  
¿quién sino la hija amante  
de tierra ha de cubrir?

Ambas á un tiempo mismo  
la muerte cerea miran:  
del no ser al abismo  
llegan y se retiran  
en un punto las dos.

Y allí en su pensamiento  
se buscan y no se hallan...  
¿De aquel fiero tormento  
con que las dos batallan  
librarlas quiera Dios!

V.

## EL ÚLTIMO DOLOR

¡Ay de los pueblos que á ambiciosos viles  
se entregan confiados,  
para dejarse hollar como reptiles  
en su ceguera vil aletargados!

¡Ay! instrumentos de mezquina saña,  
combaten entre sí sin ley ni freno,  
azotes de sus tierras,  
do sin cesar derraman el veneno  
de las civiles guerras!

¡España! ¡dulce España!  
¡patria de bendición! fuérame dado  
con lágrimas borrar de la memoria  
del mundo, que han echado  
esa mancha tus hijos en tu historia.

Ni el templo de las vírgenes se libra  
de tan funesta plaga:  
el que la tea de discordia vibra  
en todas partes hiere antes que amaga.

¿Quién en su lecho dormirá tranquilo  
en medio á las ciudades,  
si de Teresa el solitario asilo  
allá junto á las nubes asentado  
las turbas destructoras invadieron?

En tiempos de revueltas populares,  
¿quién ¡ay! del porvenir no desconfía  
cuando sus ojos vieron  
manchar las blancas tocas de las vírgenes  
al pie de los altares,

y el anciano que todos bendijeron  
por su sabiduría  
espirar arrojado de sus lares?

Soldadesca feroz que al cielo irrita  
blasfemando y votando de continuo,  
cual raudito torbellino  
en la mansión de paz se precipita.

Todo cae á sus pies. Ya su carrera  
el incendio pregonar por do quiera:  
pero aun sus furores no saciados  
el alta sierra escalan  
y el lindo huerto y los vistosos prados,  
consuelo de Teresa,  
con fiera mano talan.

Ansiosos de rapiña  
la casa no perdonan,  
mas antes ¡ay! mas antes...  
con otro, por si no eran ya bastantes,  
sus crímenes coronan.

Tras la ancha puerta pobre y carcomida  
en ruin lecho de paja  
yace un humano ser falto de vida,  
medio oculto en el seno de una jóven  
que murmura palabras celestiales,  
y á cuyos lábios el Eterno baja.

Preces de amor que por el alma envía  
de la que fué su madre; ¡y no lograron  
tener la planta impia  
de aquellos foragidos!—Con voz ronca  
albricias dánse por tan buen hallazgo,  
al santo grupo avanzan,  
y lúbrico fulgor sus ojos lanzan.

—Hora que el capitán, el uno grita,  
se fué á filosofar por esos riscos,  
veamos qué tal... baila esta mocita.

—Dice, y con torpe mano  
del casto seno de Teresa, quita  
el liño cendal: menos humano  
destruye el esqueleto  
otro sayon. por separarlo de ella,  
y la infeliz burlada sin respeto  
con sangre y llanto su deshonra sella.

Huyó... vedla... sin juicio,  
por no escuchar la cinica algaraza,  
y el lúgubre chasquido de los huesos

de su madre, que ardian,  
y al borde se sentó de un precipicio,  
porque sus pies en sangre se tenían.  
Fijos los ojos en el alto cielo,  
cual si de allí esperara  
el de sus males único consuelo,  
el eco percibió de una sonrisa  
feliz recuerdo de su bien perdido,

que repitió la brisa  
como el canto de un ángel en su oído.  
Alzóse... pero ¡guay de la que espera  
abrazar á su amante,  
y entre los dos gigante  
álzase de repente una barrera!

Allá en la opuesta orilla  
Bernardo con amor la contemplaba;  
pero el torrente entre los dos pasaba,  
rugiendo cual carnívora trahalla.

—¡Alma del alma! la infeliz murmura.  
—¡Alma del alma!—el capitán responde,  
¿disfrutaste sin mi mucha ventura?  
¿cómo te miro por mí mal tan lejos?  
Sin ti siempre muriendo yo he vivido,  
¡y á mis brazos no vienes!

¿No me amas ya, Teresa?  
¿Ay! ¿cuál la causa ha sido  
de que mi amor me pagues con desdenes?

—Antes la luz se apague de mis ojos,  
antes del sol los rayos en invierno  
nos quemen, y en estío,  
Bernardo, nos den frío,  
y deje el Criador de ser eterno,  
antes que yo te mire con enojos.

Al postrimer reflejo del crepúsculo  
Teresa distinguió las llamaradas  
de su choza;—el rugiente  
voto del militar...—barrada en llanto  
doblóse su cabeza...

¡todo lo vió con fiero desencanto!  
¿A dónde está su virginal pureza?  
¡Adios, sueños de gloria  
que dorasteis diez años su memoria.!

¡Adios, adios, quimeras  
de dicha y de placer...! La desventura  
lecho de boda hará la sepultura.  
Y extendiendo los brazos adelante  
para abrazar por último á su amante,  
desgarrada su mente  
por el recuerdo atroz, fuera de quietud,  
quiso correr, y la tragó el torrente.

—Había entre los dos un precipicio!  
—Las ondas se entrebieron  
como gozosas de tan dulce presa,  
y unas tras otras á besarse fueron  
sobre el marchito cuerpo de Teresa.

¡Ay! sin saber que todos en el mundo  
son cebo de la parva destructora,  
¿qué hiciera el hombre en su dolor profundo:  
viendo morir á la mujer que adora?

CONCLUSIÓN.  
En las tinieblas de la noche umbría  
sinistros resplandores  
la incendiada cabaña despedía,  
y en torno de ella, al son de fiero canto,  
desgrenado el cabello,  
harapos el vestido,  
el capitán danzaba...—parecía  
fea vision del reino del espanto.  
Hondas heridas en su blanco cuello  
revelaban la lucha  
que trabó con su tropa y el torrente.

¡oh! ¡le fuera el morir ventura mucha,  
á manos de su gente!  
No su razón perdiera...  
viendo en la orilla el cuerpo de su amada  
por las punzantes rocas destrizada,  
si el nocturno silencio interrumpiera  
con loca carejada.

Desde entonces el valle solitario  
antes de paz y amor mansión tranquila,  
con su lúgubre aspecto funerario  
al caminante débil horripila.  
Solo interrumpe el buho entre las rocas  
la triste soledad que reina en torno,  
y la natura lanza por cien bocas  
ayes de horror por su perdido adorno.



Quien osa en él aventurar la planta  
oye el confuso son de un alarido  
y de la sierra en la feraz garganta  
el grito de «Teresa» repetido,  
y duda que es un hombre  
el ser que fieramente

surge de la maleza,  
mal cubierto de harapos, denegrido,  
pálido y lleno de mortal tristeza,  
a veces sonriendo,  
ó las manos al cielo levantando,  
ó al aire largos brazos estendiendo,

ó con júbilo atroz palmeando;  
y sin cesar llamando  
con voz hueca y doliente  
á su querida, que tragó el torrente.

VICENTE BARRANTES.



CRUZADA DE SAN LUIS.

Esta cruzada se decidió en el año 1243 con motivo de una enfermedad del rey Luis IX. Este reunió los príncipes y principales magnates del reino, quienes se cruzaron en su mayor parte. Notábase sobre todo entre ellos á Pedro Manclere, antes duque de Bretaña; Carlos, conde de Anjou, que fué después rey de Sicilia; Alfonso, conde de Poitiers; del hijo de Châtillon, conde de San-Pol y de Blois; el duque de Borgoña, los condes de Flandes y Artois, etc. Muchas mugeres se cruzaron igualmente y siguieron al ejército; la misma reina Margarita acompañó á su esposo con todo el aparato régio.

El ejército se embarcó en el año 1248, y fué á tomar á Damietta; pero allí se interrumpió el curso de sus victorias. A pesar de la opinión de Pedro Manclere, se quiso pasar adelante, y la batalla de la Manllore desconcertó completamente el plan de los cruzados. Cuando el antiguo duque de Bretaña volvió de la refriega, las riendas de su caballo rotas y cortadas pendían del arzon de la silla. Su caballo era un veloz corcel, de poca talla pero de buena estampa. Manclere, herido en el rostro, y perdiendo mucha sangre se apoyaba con sus manos en el cuello, por de que los enemigos que le seguían le hicieron caer: no manifestaba por lo demás temor alguno, y se volvía de vez en cuando hácia ellos para insultarles.

Cuando todos los principales y magnates fueron hechos prisioneros, Manclere quedó encargado de contestar á nombre de toda la nobleza á los enviados del sultan: hizolo con dignidad y energía. Por último el rey convino en el rescate que debía pagar por él y su ejército, y todos los que habían escapado al hierro de los infieles se embarcaron para Europa. Pero las fatigas y la enfermedad hicieron morir muchos de ellos, y Pedro Manclere contose en este número.

En el Alburn de la Sra. doña Adelaida Torres.

Orillas del mar cántabro  
Se alza modesta y linda

Y mil deleites brindas  
Al céltro y á Flora,  
Mil sueños al poeta,  
Mil celos á la aurora  
La rosa de Zubieta.

A ti bajo este simbolo  
Bella Adelaida canto  
Ni es mucho que tu encanto  
A quien te mire asombre  
Ni es mucho que te nombre  
La rosa de Zubieta.

¿Qué es del clavel la púrpura  
Si al color de tu cara  
¿Oh! bella se compara?  
Mostio el jazmin se humilla  
Y áspera es la violeta  
Donde tu frente brilla  
¿Oh! rosa de Zubieta.

Sin ti, son yertos páramos  
Aranjuez y Versalles.  
¿Sin ti qué son los valles  
Que ostenta Andalucía  
Y envanece á Edeta?  
¿Ay! falta á su alegría  
La rosa de Zubieta.

Digera que era Náyades  
Cuando tu planta pisa  
La arena, y á la brisa  
Del mar nítido y bella  
Cual palma de Damietta  
Ondea tu cabello  
¿Oh! rosa de Zubieta.



Y si el batel impávida  
Riges cual blanda pluma  
Nacer de entre la espuma  
A la Diosa de Guido  
Veo en tí, y la saeta  
Y el arco de cupido  
¡Oh! rosa de Zubieta.

¡Ay! vuelve, zumba el ábrego,  
Vuelve, portento hormoso,  
Mira que es proceloso  
El golfo de Vizcaya

Deja la mar inquieta,  
Vuelve á la enjuta playa  
¡Oh! rosa de Zubieta.

Vuelve, que entre los árboles  
De la apacible quinta  
Que mayo eterno pinta,  
Tu igual en lo galana  
Sin par en lo discreta  
Te espera dulce hermano  
La Reina de Zubieta.

BRETON DE LOS HERREROS.



FIN DEL TOMO DE 1850.